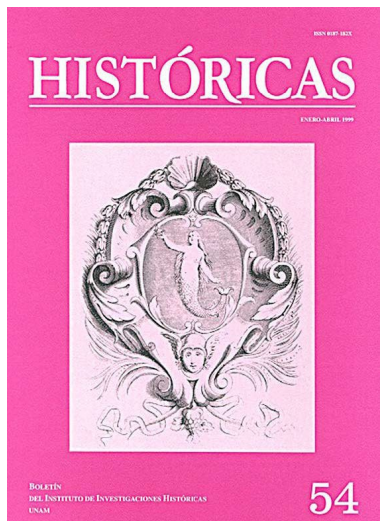




Artículo: Entrevista a Sollange Alberro

Autor(es): Salmeron, Alicia | | Speckman Guerra, Elisa

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 54

Año: 1999

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia y Elisa Speckman Guerra. "Entrevista a Sollange Alberro" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 54 (1999): p. 29-38. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3929>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ENTREVISTAS

Entrevista a Solange Alberro

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

En las últimas dos décadas, la historiografía mexicana ha conocido trabajos importantes en el campo de las mentalidades y del estudio de los grupos marginales. Destacan entre ellos los estudios de la doctora Solange Alberro, quien nos ha abierto la puerta a los imaginarios novohispanos con libros como Inquisición y sociedad en México, 1571-1700 y Del gachupín al criollo, o de cómo los españoles de México dejaron de serlo.

De origen francés y titulada en la Sorbona, la doctora Solange Alberro ha vivido desde joven en nuestro país y ha dedicado su inteligencia y sensibilidad al conocimiento de la historia de México. También se ha comprometido con la formación de nuevos historiadores. Participó en el Seminario de Historia de las Mentalidades del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y por más de diez años ha impartido cursos en El Colegio de México, institución donde labora actualmente y en la que tiene a su cargo la dirección de la revista Historia Mexicana.

Para iniciar esta entrevista, quisiéramos preguntarle ¿cuáles considera usted que son los libros fundamentales de nuestra época?

Responder a algo así es difícil; todo es subjetivo. Pero puedo hablarles de los libros fundamentales para mí, para mi formación. Y empezaría con *Los tres mosqueteros* de Dumas, que leí a los diez u once años de edad. Es un libro importante para sensibilizar a un niño con la historia, con el hecho de que lo pasado vive, de que hay gente que peleaba, era ambiciosa, industriosa, buena, mala, enamorada, que moría... Todos los niños deberían leer a Dumas. Creo que los libros fundamentales son los que después de cerrarlos, uno siente que es distinto.

Ya comencé con Dumas y hablaré primero de novelas —siempre fui una gran lectora de novelas y lo sigo siendo. Entre las que siento que me cambiaron están, por ejemplo, *La condición humana* de André Malraux; *Aurélien* de Louis Aragon, que ahora ya nadie lee, pero es una excelente novela, muy romántica; *La educación sentimental* de Flaubert; también Balzac, leí todo Balzac cuando era joven. Además de la literatura francesa, en aquellos años leí muchas otras cosas. Pasé noches enteras en blanco leyendo a Dostoievski, a la edad de dieciocho años; *Crimen y castigo* es una novela que te cambia. Por el contrario, nunca me gustó Tolstoi; creo que nunca acabé *La guerra y la paz*.

Además —leí novelas que no son muy famosas pero que hablan de otros mundos; recuerdo *El estado salvaje* de R. Conchon, que se desarrollaba en África—, aquéllos eran libros con los que trataba de entender diferencias —abismos, a veces— que separan una cultura de otra. *Las mil y una noches*, que es como una novela, también me encantó; la leí hace muchísimos años, pero me dejó algo, me impactó realmente. Hoy en día sigo buscando literatura de lugares lejanos: de la India, *El mejor partido*; me gusta Yukio Mishima, del Japón —*Nieve de primavera* y *El pabellón de oro*—; también leo a Pa Kin, el escritor chino; a los rusos; a los portugueses; a los serbios...

Volviendo a mis lecturas de joven, me encontré después con la literatura española: Benito Pérez Galdós, por ejemplo. Soy fanática de Galdós, de libros como *Miseri-cordia* y *Fortunata y Jacinta*. Lo que siempre me ha fascinado en obras como éstas es que permiten un acercamiento histórico a culturas, sensibilidades y medios sociales distintos. También *La regenta* de Clarín es una maravilla.

La literatura latinoamericana la descubrí más tarde: *Cien años de soledad* de García Márquez y *La muerte de Artemio Cruz* de Fuentes. Agustín Yáñez es muy buen escritor; me parece que despreciado por razones políticas, lo que es absurdo; libros como *Al filo del agua* son importantes. Pero principalmente *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sabato, que para mí es la mejor, la más extraordinaria novela latinoamericana; su lectura me revolucionó totalmente.

También he leído novelas norteamericanas. Diría que pocas han sido importantes para mí, pero siempre algunas, como *La decisión de Sofía* de Styron, o las obras de Steinbeck, Paul Auster y Henry Roth. Por otro lado, las novelas austriacas, como las del gran escritor Joseph Roth, *La marcha de*

Radetzky o *La cripta de los capuchinos*. Otro autor austriaco apasionante, poco conocido en México, es Gregor Von Rezzori, quien escribió, entre otras, *Memorias de un antisemita*. Era miembro de una familia aristocrática, nacido en una provincia rumana, pero de origen italiano —ya que parte de Italia del norte pertenecía al imperio austro-húngaro. Habla alemán y escribe en alemán, pero también es rumano e italiano. Como ven, siempre me ha tentado lo mestizo, lo que está entre dos o tres culturas...

Ya voy a acabar con novelas, pero antes quiero mencionar a Georges Simenon, a quien descubrí hace dos años. Creo que mi formación intelectual mejoró con Simenon. Es fantástico, fino, intuitivo... Es capaz de pintar un ambiente en cinco líneas, y lo hace a partir de los detalles más simples. Por ejemplo, describe a una mujer diciendo tan sólo que lleva zapatos que tienen el tacón torcido o recrea un lugar a partir de su olor a tocino rancio. Es una gran lectura para historiadores. El inspector Maigret —su personaje— es el mejor de los investigadores. Cuando viene un detective norteamericano a estudiar con él y le pregunta cuál es su método, Maigret no entiende la pregunta: ¿cuál método? Lo que él hace es olfatear, tratar de ponerse en el lugar de los demás para ver cómo sienten o cómo piensan. Para él no hay criminales; antes de cometer un delito, son seres humanos tan complejos como cualquier otro. Por eso hay que tratar de entender lo que los mueve, su lógica interna: ¿cómo llegan a eso, por pasiones...? Simenon no es un escritor de novelas policíacas; es psicólogo, es sociólogo, es una especie de Balzac.

El cine para mí es también muy importante, como la literatura. Películas como las de Visconti creo que son fundamentales. *El Gatopardo*, este paso de una sociedad aristocrática, tradicional, patriarcal a una so-

ciudad burguesa, capitalista... con la conciencia de clase del viejo príncipe, me fascinó. La tengo grabada y la veo muy regularmente. Obviamente Elia Kazan, quien tiene una grandeza cinematográfica extraordinaria, con películas como *América, América*, que ya nunca pasa en los cines, pero que es una gran obra, además de Wajda, con *Cenizas y diamantes*, etcétera.

Desgraciadamente siento que el cine está en crisis y que, en su mayor parte, se ha convertido en algo totalmente, o casi, comercial: las películas que podemos ver actualmente en todo el planeta son todas iguales, con los mismos efectos... Por fortuna, existe un cine marginal que ha producido muy buenas películas, sobre todo en Asia y en algunas repúblicas exsoviéticas, como Georgia, Kazajstán; también en Irán, en Túnez y en Hong Kong. En fin, el cine de países en vías de desarrollo o que se hace sin recursos, como fue el realista italiano y el actual iraní, tiene más cosas que decir...

Ahora, las obras que considero más importantes para mi formación intelectual, después de *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch, fueron seguramente las de Marcel Mauss. Más adelante también fue muy revelador para mí leer a Norbert Elias. Escribió alrededor de 1939, en alemán, y su obra fue publicada bastante más tarde. En Francia lo tradujeron hacia 1980 y fue donde se dio a conocer primero, antes que en inglés: la versión inglesa de su libro nunca le gustó; la rechazó. Elias era médico y sociólogo: tenía una visión de la sociedad que yo llamaría multidisciplinaria y una manera original de enfocar la historia. Fue uno de esos grandes intelectuales de tipo decimonónico que no llevan etiqueta, no provienen de un solo cajón, de una amplísima cultura y, sobre todo, que se dieron el tiempo de reflexionar. De hecho produjo poco: yo conozco tres libros de él; tal vez tenga alguno más, pero

no escribió mucho. Tiene pocas obras, pero fundamentales.

Fui alumna de Alfred Mettraux y de Roger Bastide, así que su enseñanza tuvo gran influencia en mí. La manera como impartían sus clases era muy humana, nada demagógica, nunca nos tutearon; no era su estilo. Había cierta frialdad en el trato, pero también un verdadero interés por los estudiantes, por sus preocupaciones intelectuales; discutían con pasión, aunque guardaran su distancia con los alumnos.

Luego vino el marxismo. Fui militante trotskista en mi juventud y aprendí mucho. Organizábamos discusiones muy formativas que exigían un gran rigor intelectual —mucho mayor que el que exigía el Partido Comunista. Leímos a Trotski, desde luego; también al “renegado” Kaustky, a Plejanov, a Rosa Luxemburgo, a Kolontai... Se producían debates interesantes; el movimiento entonces se podía dar el lujo de dejar hablar a los jóvenes; había cierta democracia intelectual. Como era un movimiento más que minoritario —cuarenta pelados ahí reunidos—, lo que dijéramos no cambiaba absolutamente nada. Ahora los trotskistas ya son algunos miles y ya empieza a haber más rigidez doctrinal y exclusivismos.

Ya no creo en la dictadura del proletariado ni en el sentido de la historia como lo postulan los marxistas, pero aquellas lecturas me dejaron mucho. También pienso que, actualmente, la reacción en contra de esas corrientes ha ido demasiado lejos. Aquí en México, hace veinte años, no se podía hacer nada sin el famoso marco teórico marxista y, ahora, ya nadie ha leído una línea de Marx. Me parece un error. No hay que echar todo al pozo; hay cosas muy rescatables. Marx es mucho más matizado, más rico de lo que se cree generalmente y de lo que autores como Lenin y otros han sacado



de él. Hay dos marxismos: el de Marx y el de los que se declaran marxistas, que suelen desfigurar al primero.

Yo creo que aquí debo detenerme ya, pero la lista no está completa. De momento olvido muchos libros fundamentales y podría seguir hablando de otros tantos...

En un testimonio suyo, publicado por Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, usted contó que se había inclinado antes por la antropología que por la historia. ¿Cómo fue que llegó a ser historiadora?

Es cierto que de joven quise ser antropóloga. Fui alumna de Bastide, quien era un gran etnólogo. Quería hacer mi tesis de maestría en antropología sobre México, pero no encontré las facilidades que necesitaba para ello. Podría haberme dedicado a la antropología en mi país o en cualquier otro lugar, pero quería venir a México. Entonces decidí hacer otra cosa. Era muy joven y no había decidido exactamente lo que quería, por lo que no era tan difícil hacer un cambio. Hice mi tesis con Robert Ricard y escogí un tema de México que, finalmente, fue de todos modos un trabajo de antropología: fui a un pueblo otomí del valle de Toluca a es-

tudiar la fiesta de los muertos. Gracias a Silvio Zavala tuve una beca del gobierno mexicano para recopilar el material. Hice una cosa pequeña, muy modesta y, aunque todavía no definía a qué iba a dedicarme, me adentré ya en los temas de la religión, la cultura, con cierta perspectiva histórica.

Después volví a México y conseguí un trabajo en el Instituto Francés para América Latina (IFAL); daba clases sobre historia y cultura francesa... Pero muchos profesores franceses que radicaban aquí vivían en un medio neocolonial; eso no me gustaba. Estaban aquí para disfrutar del clima, del Club France, de los fines de semana en la playa y tres meses de vacaciones en la madre patria. Yo no podía darme esos lujos y tampoco era mi estilo; pero sí tenía tiempo libre: largas vacaciones, fines de semana libres y un horario que me permitía ocuparme en alguna otra cosa. Entonces mi marido, que conocía mi carácter, y también algunos amigos me aconsejaron emprender una tesis de doctorado. Sabían que yo era muy inquieta, que no podía quedarme en casa y que dar dieciocho horas de clase a la semana no era suficiente para ocupar mis energías.

Lo pensé mucho, no quería encerrarme en una biblioteca, era muy joven y tenía muchos intereses; quería dedicar más tiempo

a la música; en aquel entonces tocaba la guitarra. Pero todo el mundo me empujó, mi marido, mis amigos; mi viejo profesor me mandaba cartas y me decía: "¿Ya empezó usted alguna investigación de envergadura? Usted está hecha para esto; tiene un espíritu inquieto". De modo que en unas vacaciones de Navidad —embarazada de mi segunda hija— fui por primera vez a la biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas; estaba entonces en la antigua Torre de Humanidades. Recuerdo que fue un invierno muy frío; había nieve en los cerros. La universidad estaba menos normada que ahora y se podía hacer uso de la biblioteca en vacaciones. Entonces pude empezar a leer cosas y me entusiasmé; empecé a familiarizarme con el mundo colonial, a leer a Icazbalceta, a Chevalier, relatos de viajes coloniales, de obispos, visitas pastorales...

El gran obstáculo para hacer un estudio sobre los siglos XVI y XVII era poder leer la escritura de la época. No tenía tiempo de asistir a clases de paleografía. Pero un día, un viejo amigo llegó a mi casa con el manual de Millares y Mantecón. "Bueno —me dijo—, aquí tienes, debes aprender paleografía". Trabajé sola con aquellos textos y me resultó interesante, aunque tardaba horas para entender una página. Pero llegó un momento en que sentí que ya no progresaba más por ese camino; entonces me fui al archivo. Ahí fue distinto porque me encontré con documentos completos —ya no con pedazos, como los que reproducía el manual—; vi que había personas que hablaban realmente a través de esos papeles y quise saber quiénes eran, qué edad tenían, de dónde eran. Con lo aprendido y este nuevo estímulo, tardé ocho días en comenzar a leer de corrido; me atoraba a veces, pero con las ganas que tenía pude seguir adelante.

Fue así como, poco a poco, me inicié en la historia. En aquel entonces, el profesor

Noel Salomon —aquí no es muy conocido, pero fue un gran hispanista— me decía que trabajara sobre los jesuitas; como yo no sabía nada del tema, le contesté que eso ya estaba muy estudiado y que prefería trabajar sobre la Inquisición; ahora pienso distinto y, en cierta forma, trabajo un poco sobre los jesuitas. Salomon respetó mi decisión. Tiempo después falleció y busqué a Pierre Chaunu, quien había sido mi profesor. Él era una estrella, con trescientos tesis; me dijo que me aceptaba, pero yo sabía bien que no iba a poder dirigirme. No me importó, incluso eso era lo que yo quería, que nadie me dirigiera, que me dejaran en paz. Eso fue en 1976, y nunca me escribí con Chaunu, más que para felicitarlo por Navidad o cosas así. Un día le envié una carta para decirle que ya estaba la tesis y que le mandaba los siete ejemplares por correo. Aquello fue un lío, porque le hablaron del aeropuerto de París (Roissy) —de la aduana—, diciéndole que había un bulto de 46 kilos a su nombre, que venía de México y que tenía que pagar no sé cuánto... Y la Sorbona, que es una institución de la Edad Media, tuvo muchos problemas para rescatar el paquete.

En fin, Chaunu recibió la tesis y la distribuyó a Chevalier, a Bennassar y a los otros miembros del jurado. Me recibí en 1984. Tardé dieciocho años en hacer aquel trabajo, porque lo hacía en fines de semana y en vacaciones. Mientras que mis colegas del IFAL, que cuando no iban Francia visitaban toda América, se la pasaban viajando, yo me dedicaba a la investigación. Me daba mucha envidia, pues regresaban todos bronceados y con trapos nuevos, en cambio yo estaba siempre pálida, después de pasar las mañanas en el archivo y las tardes leyendo microfilms en el Museo de Antropología.

El tiempo de elaboración de la tesis fue muy largo, pero creo que comencé a sentirme historiadora a partir de 1974, cuando se

publicó mi primer avance de investigación. Lo primero que escribí —que era sobre Celaya— se lo mandé a François Chevalier, un hombre muy generoso. Tengo por él una gratitud infinita. Le gustó el texto y se lo mandó a Julio Caro Baroja, a quien le gustó también, y lo publicaron sin decirme nada. Luego me lo mandaron ya impreso. Antes de aquello nunca me sentí historiadora, pero pensé que, si Chevalier y Caro Baroja me publicaban, sería que el trabajo valía la pena. A pesar de todo, a veces, todavía hoy me pregunto si realmente soy historiadora. Tal vez podía haber sido otra cosa; hay otros intereses que me jalan y hay gente que se acerca a pedirme colaboraciones sobre iconografía, literatura... Es curioso; yo me siento más bien socióloga, pero los sociólogos jamás me buscan —creo que a ellos les falta una visión histórica. En todo caso, yo no creo ser puramente historiadora. Si tuviera treinta años menos, me gustaría hacer cine, no actuar, sino dirigir; de tener talento, me gustaría escribir novelas...

En ese testimonio suyo que referimos más arriba —el aparecido en el libro de Florescano y Pérez Montfort—, usted habló de su cercanía respecto a la historia de las mentalidades, de su afinidad con Philippe Ariès y con sus temas de investigación. ¿Qué aceptación tuvo y tiene actualmente esta nueva forma de hacer historia entre los historiadores mexicanos?

Me ha llamado la atención que en este campo, en los últimos dos o tres años, han surgido investigaciones en las que se nota la presencia de una nueva sensibilidad. El cambio no se manifiesta exclusivamente en estudios sobre la etapa colonial sino, sobre todo, en trabajos que se ocupan de otros espacios temporales, como el porfiriato. Son novedosos los enfoques de investigaciones

de alumnos de El Colegio de México, como Jorge Castillo Canché, Antonio Santoyo, Alberto del Castillo o como el de usted, Elisa; o los de quienes trabajan sobre fiestas, con Pilar Gonzalbo. También lo son los de historiadores de otras instituciones, como Antonio Rubial, quien aborda temas como la santidad.

Esta nueva forma de hacer historia está teniendo representantes en todas las instituciones. También en la Universidad Iberoamericana existe un seminario que utiliza la iconografía y que se dedica precisamente a rastrear los vínculos entre mentalidades e historia del arte. Y recuerdo una tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que realizó Gabriel Espinosa y dirigió Johanna Broda: *El embrujo del lago*. En este trabajo, el personaje central es el lago, el valle lacustre. Quizá algunas de las cosas que dice el autor eran conocidas, pero su enfoque es lo novedoso. Finalmente, los documentos que utilizamos, al menos para siglos como el XVI y XVII, casi siempre son los mismos; es difícil encontrar nuevos; el material es finito. Lo importante es enfocar el tema de otra forma. En fin, creo que hoy nos encontramos aquí con temas, metodologías, sensibilidades y enfoques nuevos. También resulta evidente el interés por utilizar y combinar diferentes tipos de texto: no únicamente el escrito oficial, normativo, sino también la literatura, la nota roja, el cine, la foto, el folklore popular. Eso me parece interesante y novedoso.

En diferentes etapas dentro de la historiografía mexicana, se ha notado un afán por imitar temas o corrientes empleadas en el exterior, y me parece que esta fase se está superando.

En México resulta muy interesante plantearse el problema de los modelos. Creo que éste es un país que funciona, prácticamente desde la Colonia, con esquemas impuestos o

importados; que en lugar de asimilarlos, de hacerlos suyos, demasiadas veces —estoy pensando en ejemplos como la Ilustración, el positivismo, el funcionalismo o el neoliberalismo— se toman al pie de la letra y se aplican de una manera rígida. Pienso que esto es un drama, porque se llega a ser más realista que el mismo rey. Por ejemplo, en el caso del positivismo, acá se adoptó el modelo de forma más esquemática que en Francia, donde se discutió la doctrina y siempre hubo oposiciones. En el fondo de esto tal vez hay un complejo: se piensa que se puede encontrar algo más valioso si se busca afuera, y eso me parece terrible.

Pero afortunadamente, en la investigación histórica, esta actitud está desapareciendo. Se empieza a encontrar una nueva forma de trabajar, original y enriquecedora.

En relación a la pregunta anterior ¿qué diferencia encuentra respecto a la forma en que se está haciendo historia en México y en Francia?

Siento que ahora en Francia hay un estancamiento, un anquilosamiento que se nota tanto en la historia como en el resto de las ciencias sociales. Los primeros antropólogos viajaban frecuentemente en las maletas de los colonialistas, pero con la pérdida de las colonias ¿quién se va a meter a estudiar naciones extranjeras? Ahora es muy difícil hacerlo. Hay una crisis de la antropología, de las ciencias sociales, y me dicen los científicos que también en su campo se presenta este problema.

Se nota hoy en día una marcada preferencia por lo pragmático, lo económico, las finanzas; también, una adoración de lo inmediato y una práctica más consumista. Se prefiere hacer libros para el gran público y así poder aparecer en televisión. Se sabe que de esa manera la obra estará en el mostra-

dor de todas las librerías y supermercados, se garantizará una venta de diez o quince mil ejemplares, y se tendrán invitaciones a impartir conferencias en los eventos y las ciudades más agradables del mundo. Creo que el trabajo del historiador no se debe guiar por esos criterios. Si veinte personas en el mundo aprecian mi trabajo, es un éxito; no escribimos para vender en Sanborns; escribimos para nuestros colegas y los comunicadores son quienes deberían encargarse de difundirlo mediante formas accesibles. Por eso odio las presentaciones de libros; las considero como un rito mediático. La gente no necesita de eso para saber qué libro es bueno, y hay que darle tiempo al tiempo. Las obras tienen que depositar lo que han de dejar de sí y decir lo que tienen que decir.

Por otro lado, creo que aquí en México la crisis de las ciencias sociales se ha visto agudizada por las presiones que se ejercen sobre los investigadores: ahora se les exige sacar un libro cada dos años. En historia es mentira que podamos hacerlo. El último libro de Pilar Gonzalbo, que es un buen libro, le llevó diez años de trabajo. Se dedicó al tema desde que terminó su tesis doctoral. Las presiones y la premura explican el hecho de que se publiquen trabajos de poca calidad, por lo que el estancamiento coincide, paradójicamente, con una proliferación de obras de historia, de las que pocas son realmente creativas.

Retomando la pregunta acerca de la diferencia entre la forma de hacer historia en México y Francia, creo que los jóvenes franceses, como los mexicanos, están haciendo cosas de calidad a pesar de todo. Por ejemplo, me han hablado de una tesis que compara las estrategias jesuitas utilizadas en el mundo occidental y en el ámbito asiático. La hizo una chica que aprendió chino y vivió en China para practicar el idioma. Es

un trabajo muy original. Pero no tengo la impresión de que se hagan muchos de este tipo. Tampoco creo que se estén haciendo cosas nuevas en Inglaterra o en Estados Unidos, que siempre han estado un poco a la zaga en cuanto se refiere a tendencias históricas innovadoras.

Pasando a otro tema. Sabemos que sus intereses la han llevado al estudio de los grupos marginales. ¿Podría hablarnos un poco de su concepto de marginalidad y de sus ideas acerca del origen de los grupos marginales, de su relación con la sociedad?

Quiero decir, en primer lugar, que para el historiador los marginales son pan bendito, porque dejan papeles y testimonios. Las mayorías silenciosas no dejan nada, pero los marginales sí, sobre todo si infringen leyes o normas; de ello queda testimonio, y los historiadores trabajamos a partir del papel, de documentos. ¿Cómo se podría reconstruir, por ejemplo, el pensamiento de un campesino del porfiriato al que le iba medianamente bien? Es difícil, porque no hay muchos testimonios. En cambio de un marginal podemos encontrar huella. Por eso, para nosotros el terreno ocupado por los marginales es un campo selecto.

En cuanto a mi concepción de la marginalidad, en realidad no la tengo. No busco definir al marginal, ni siquiera estudiarlo. Me interesa encontrar los criterios que, en un momento dado, en cierto país y en un medio determinado, intervinieron para que un individuo fuera considerado marginal por sectores dominantes o no. Me interesa también cómo los criterios de marginalidad cambian en una misma sociedad, de acuerdo con sus diferentes grupos. Tomemos como ejemplo el caso de la homosexualidad en nuestra época: en algunos

medios el homosexual continúa siendo un marginal absoluto, pero en otros ya no lo es. El caso de los drogadictos es similar: hay quienes los consideran como marginales y quienes no. Sobre el tema de las drogas, hay grupos que piensan que se las debe legalizar, mientras que otros consideran que no sería conveniente. Un ejemplo más es el de las madres solteras: hasta hace poco tiempo, en determinados círculos de la sociedad, tener un hijo sin casarse era un drama espantoso; en cambio ahora la madre soltera es aceptada —aun jurídicamente— y sus hijos tienen los mismos derechos que los otros niños. Incluso, en ciertos medios es considerada como una mujer libre y emancipada.

En realidad no hay marginales en sí; el concepto de marginalidad cambia en cada época y con los diferentes grupos sociales. Siempre se es marginal con relación a alguien. Ustedes seguramente son marginales con relación a su medio familiar o a la vecina, que no concibe que no tengan cinco hijos y no se dediquen a guisar. Todos en un momento dado somos marginales con relación a alguien o algún medio social. Todo es relativo, no creo en el marginalismo, sino en el relativismo.

Respecto de los marginales, pienso lo mismo que Maigret acerca de los criminales. El inspector Maigret —el personaje de las novelas de Georges Simenon— dice que los criminales no nacen siéndolo. Y yo considero que no se nace marginal. Resulta muy fácil explicar un crimen, después de cometido, a partir de ciertas condiciones o características del delincuente. Pero esta justificación es subjetiva y parte de prejuicios. Por ejemplo, se dice que los ladrones roban porque son pobres. Es una idea muy común y se explica la delincuencia de colonias como la Doctores o la Buenos Aires atribuyéndola a la pobreza. Sin embargo, no se puede establecer una relación automática

entre miseria y criminalidad; los pobres no necesariamente se dedican a robar. Creo que detrás de ese prejuicio se esconde una postura clasista: en el fondo, esa explicación supone que cualquier pobre es delincuente en potencia. Es falso que la delincuencia pueda explicarse por la pobreza y, en consecuencia, no es válido pensar que un individuo pueda nacer predeterminado a la delincuencia o a cualquier otra forma de marginalidad. Eso es clasismo.

Decía que los marginales en sí no son lo que me interesa, sino todo lo que hay alrededor. Me interesan los marginales como reveladores de cambios de mentalidad, de contradicciones en el seno de la sociedad, de posibilidades de transformación... Estoy convencida de que los marginales propician cambios, porque cuestionan, obligan a la gente a enfrentarse, a intercambiar opiniones. Si un padre tradicional tiene un hijo que a los catorce años se deja crecer el cabello o se pone un arete, al discutir el asunto con él, tendrá que hacer un esfuerzo para explicarle lo que le molesta; eso le obliga a la reflexión; y si tiene otros cuatro hijos, probablemente aceptará que el quinto se arregle como quiera. Los marginales obligan a la gente a plantearse problemas. Retomemos el ejemplo de los homosexuales. En general se les desprecia, pero ¿qué pasa cuando la gente conoce a uno de ellos y resulta que es valiente, humano, generoso, honrado y trabajador? Entonces dice: es una excepción. Pero después conoce a otros y resulta que no era un caso único. Esa circunstancia lo lleva a replantearse su idea de la homosexualidad. De este modo, la marginalidad obliga a la sociedad a enfrentar la riqueza y las contradicciones de su realidad.

Por último, queremos pedirle que nos hable un poco sobre su oficio de historiadora. ¿Cómo

delimita sus temas, organiza su trabajo y va construyendo sus textos?

No creo tener una metodología precisamente, pero en general procedo de la misma manera. Primero viene la selección del tema, que siempre tiene que ver con algo que me llame la atención porque responde a una interrogante, toca mi sensibilidad, me molesta, me inquieta o me angustia. Para empezar a estudiar algo tengo que sentir primero el estímulo, sin establecer diferencias entre lo intelectual, lo mental, lo afectivo: para mí todo está ligado.

Últimamente me ha interesado, por ejemplo, el problema de la identidad. Me preocupa porque —aunque personalmente me las arreglo muy bien para vivir— soy una extranjera incorporada a otro país y, yo misma, a veces no sé exactamente lo que soy. Sin embargo, conozco a mucha gente, inmigrantes, con un problema de definición de identidad que ha sido para ellos una angustia permanente.

En general, la cuestión de la identidad es un problema grave actualmente. Países que tenían una identidad nacional muy firme se están desgajando, como España, hasta cierto punto, o Yugoslavia. El sentimiento de identidad yugoslava era una realidad; se notaba en la literatura, en el cine. Pero ahora Yugoslavia se ha desintegrado, como lo hizo el imperio austro-húngaro.

En fin, cuando me interesa un problema comienzo a darle vueltas y a leer tanto literatura como historia sobre el tema. Después busco documentos y los leo muchas veces. Los documentos los consulto en diferentes momentos de la investigación, pues un texto puede leerse de muchas maneras. La primera vez se lee buscando algo específico y sucede que, meses después, uno recuerda que había algo ahí que, en principio, no nos había llamado la atención, pero que podría

ser importante. Entonces hay que volverlo a revisar. Una vez que tengo toda la información, me pongo a pensar cómo he operado, de dónde salí, a dónde llegué y cuál podría ser el hilo conductor de mi historia. Las hipótesis siempre están subyacentes en este proceso. Poco a poco va cuajando un esquema. Primero hago uno tentativo, para ver si corresponde al material que tengo, a mis interpretaciones, a la manera en que deseo presentarlo y al objetivo que persigo. Luego escribo y voy publicando pequeños trozos de la investigación.

La costumbre de publicar avances de investigación empezó hace años, quizá porque no me sentía historiadora y necesitaba publicar para conocer la opinión de mis colegas. Además, otros tesisistas hacían lo mismo. En Francia, las tesis doctorales de Estado llevaban tanto tiempo que los alumnos publicaban sus avances para foguearse y someter los temas a la discusión. Me doctoré, y fui reconocida oficialmente como historiadora, pero continué con esta costumbre. Voy publicando poco a poco y después, cuando todo empieza a cuajar, a cobrar forma, reúno las publicaciones, veo lo que falta, completo y sale algo coherente; al menos así lo espero.

Eso es lo que he hecho siempre. Por ejemplo, está próximo a salir un ensayo mío sobre los orígenes religiosos de la conciencia criolla, que viene a ser una síntesis de trabajos anteriores. O bien, ahora me interesa el tema de las fiestas. Voy a publicar un artículo sobre una de ellas y seguiré con

otras. Cuando tenga unos diez o doce veré si hay una coherencia entre ellos, buscaré los hilos que puedan coser todo el material, redactaré las partes que falten y tal vez sacaré un libro.

Mi forma de trabajar se enriquece en el trabajo con mis estudiantes. Ellos me han aportado mucho: su manera de ver, de utilizar diferentes textos y materiales. Por ejemplo, los alumnos del Seminario de Iconografía de la Universidad Iberoamericana me han enseñado a utilizar el arte como documento histórico: ellos parten de la pintura, la escultura, la arquitectura y la "leen" como un texto y no como la ilustración de un texto.

Si debo definir mi metodología, sólo podría decir que consiste en vincular. Se parece a la técnica del *collage*, que busca armar algo coherente utilizando lo que está a la mano. Estoy a favor de los métodos detectivescos o de la técnica pepenadora. Hay que saber utilizar todo lo que se tiene a mano y con ello construir un conjunto coherente, donde todos los pedacitos recolectados aquí y allá encuentren su lugar y cobren sentido por sus vinculaciones entre sí. Creo que debemos trabajar como los mecánicos de mi barrio, en Tizapán, que componen coches con lo que sea, si no pueden o no quieren conseguir la pieza —no tienen tiempo de comprarla, no la hay o es cara—, sacan cualquier cosa de otro lugar y la ajustan para otra función —con resultados a veces un poco discutibles. Yo creo que los historiadores somos así. No somos científicos: somos artesanos... □